

Historias literarias nacionales: una realidad política

Diana Carolina Toro

Resumen

En este texto, resultado del estudio de las historias de la literatura colombiana de carácter nacional, se analizan las fuentes a la luz de los planteamientos teóricos referentes a la historia literaria, la identidad nacional y, específicamente, al proceso histórico-político de Colombia, con miras a desentrañar el aspecto político propio de estas historias literarias.

Palabras clave

Estudios Literarios, Historia de la Literatura Colombiana, Historiografía, Historias Literarias Nacionales.

Abstract

This text is the result of a study of histories of Colombian national literature. This study analyses the sources of this kind of literature by the light of theoretical statements regarding the literary history, national identity, and specially, the

Estudiante de Letras: Filología Hispánica, y estudiante en formación del proyecto Los procesos de canonización de la novela colombiana en la historiografía nacional (CODI, Universidad de Antioquia), inscrito en la línea de investigación en historiografía literaria del Grupo de Estudios Literarios de la Universidad de Antioquia. Clasificación A Colciencias 2005. Este artículo es resultado del pequeño proyecto de investigación Las historias literarias nacionales ¿Una necesidad nacional?, aprobado por el CODI el 31 de Marzo de 2006 y que se desarrolla en el marco del proyecto Los procesos de canonización de la novela colombiana en la historiografía nacional.

historic-political process of Colombia, in order to get to the bottom of the political aspect inherent of these literary histories.

Key words

Literary studies, history of Colombian literature, historiography, national literary histories.

Los grandes escritores americanos ciertamente han sido aquellos que han dado a sus obras un espíritu nacional más inconfundible

Gustavo Otero Muñoz (1937: 130)

Dentro del conjunto de las historias literarias colombianas tiene un lugar preponderante la serie de obras de carácter nacional o las que se encargan de estudiar el proceso literario en todo el territorio colombiano. En especial, se deben resaltar aquellas obras que contemplan la totalidad de los géneros enmarcados en un espacio de tiempo que va desde un origen, determinado por cada historiador, hasta el momento de su publicación, ya que presentan como rasgo más relevante el que en su momento coadyuvaran, o al menos así se lo propusieran, a la formación de la nación.

Es así como el presente artículo pretende analizar estas fuentes históricas tomando como punto de partida la exposición de los planteamientos de algunos autores latinoamericanos acerca de lo que representan las historias literarias de corte nacional. Como es de suponerse, dichos planteamientos se constituyen en verdaderas reflexiones acerca del papel político que cumplieron o intentaron cumplir las historias en las incipientes naciones debido a que hicieron parte fundamental del proyecto de nación. Al igual que en todas las antiguas colonias españolas en Hispanoamérica, no está de más resaltar que la literatura y la política presentaron una estrecha relación en la etapa del proceso literario colombiano comprendido entre los siglos XVIII y XIX, en especial, el último. Como resultado de lo anterior —entre otros aspectos que se expondrán más adelante—, se consideraron las historias como un género literario que, en tanto testimonio escrito de la cultura naciente, tenía un carácter eminentemente político.

En este artículo se abordará la delimitación conceptual de la idea de nación, que parece estar en la base de las historias de la literatura, como paso previo para llegar a vislumbrar el fenómeno en el proceso histórico colombiano. De esta forma, se postularán y estudiarán los puntos centrales alrededor de los cuales

giró la construcción de la nación colombiana, en especial aquellos que se discutieron con respecto a la organización política que adoptaría la clase dirigente después de la Independencia. En particular, se hace énfasis en la problemática federalismo/centralismo con miras a rescatar las raíces de ese conflicto político y cultural, debido a que parece configurarse como la base para profundizar en la naturaleza de la formación de la nacionalidad colombiana. El objetivo será establecer el contexto político de las historias para explicar, desde lo histórico y político, las características relevantes en las historias literarias leídas¹. Una vez recogida la información básica, el último apartado se encargará de presentar el análisis de las historias y es en este punto, punto central del presente escrito, en el que se evidenciarán los resultados directos de la investigación. Es decir, la lectura crítica de las fuentes histórico-literarias, expuestas a modo de conclusiones, es uno de los aportes que el proyecto de investigación aspira a ofrecer en el estudio de la historiografía literaria colombiana.

Antes de emprender el estudio histórico-literario propuesto, es indispensable dejar en claro lo que ha sido la historiografía literaria en Colombia, en cuanto disciplina, debido a que la ausencia de este tipo de análisis ha dejado un gran vacío en lo relacionado con el papel que ha cumplido la historiografía literaria en el proceso histórico tendiente a la construcción de la identidad cultural de la nación.² Como punto de partida de esta labor historiográfica se encuentra el artículo escrito por Héctor H. Orjuela (1992), en donde el autor presenta, a diferencia de sus colegas historiadores, el método generacional como una propuesta metodológica para la organización de la totalidad de la producción literaria colombiana. Se trata de la introducción de su libro *Historia crítica de la literatura colombiana. Literatura colonial I*. Orjuela, consciente de la precariedad de esta disciplina en Colombia, expone algunas carencias de las historias que más han sobresalido dentro de la reconstrucción histórica del hecho literario colombiano. Entre las múltiples falencias destaca: defectos en la organización y periodización; el hecho de que se constituyan tan solo en esbozos y no en estudios detallados y críticos; el carácter didáctico y la escasez de fuentes de referencia. A modo de balance, el autor afirma que:

1 Para obtener información acerca del corpus de historias véase la bibliografía.

2 La labor histórico-literaria nacional, o sea, de creación de historias nacionales, se ha reducido bastante desde la segunda mitad del siglo XX, aunque no puede decirse que haya desaparecido sino que ha sido dirigida hacia otras perspectivas como la regional.

Los numerosos estudios historiográficos publicados, desde la obra clásica de José María Vergara y Vergara, son ahora obsoletos o constituyen textos escolares o ensayos panorámicos de innegable utilidad, pero que se limitan a presentar visiones parciales o deficientes de nuestro rico patrimonio literario (9).

Estas críticas se reconocen como una base para el análisis de las historias; sin embargo, la preocupación real debería dirigirse a aspectos tales como: ¿qué significa que tales historias literarias sean nacionales? y ¿a qué se refiere ese rótulo de “nacional”? Efectivamente, las historias al estar vinculadas al proyecto fundacional defendieron una idea de nación, a raíz de lo cual surge el objetivo de indagar qué representó ese término “nacional” en el momento de publicación de la historia. En resumen, se busca extraer no solo el aspecto literario sino el político, cultural y social.

El concepto de nación es bastante problemático y notablemente plurisignificativo, ya que cada ideología política lo define y reconoce a su manera. A pesar de esto, es necesario emprender la tarea de buscar, desde la teoría y la práctica política, diferentes ideas de nación para poder reconstruir la concepción de nacionalidad que subyace en las historias; para ello, se prestará atención especial a las *nacionalidades* defendidas por liberales y conservadores a la luz del debate entre la organización federal o centralista de la administración del Estado colombiano.

Las historias literarias nacionales en Latinoamérica

Según Rafael Gutiérrez Girardot (1986), la idea de una historia de la literatura nacional se inicia en Alemania con Friedrich Schlegel, quien deslinda la obra literaria de los llamados “estudios anticuarios”, para considerarla como un fenómeno único e histórico, que está ligado tanto al tiempo como al espacio, lo que equivale a decir a una época y a una nación. En tal sentido se escribieron en Europa unas historias de la literatura nacionales con un ánimo romántico, donde prevalece la intención de reafirmar una diferencia con respecto a las otras naciones y dar a conocer una literatura propia a partir del folclor y de expresiones autónomas.³ Este interés historicista tuvo lugar también en la nación española bajo la orientación de Marcelino Menéndez y Pelayo.

3 Con ellas los historiadores se propusieron establecer los criterios para la valorización de las obras y atribuirles el papel de clásicas. Este juicio de valor tenía como idea reguladora concebir lo clásico como el punto más alto del desarrollo literario nacional. En estos países, nos dice José Enrique Rodó, “se aspiraba de manera consciente a que las literaturas fuesen la expresión de la personalidad de las naciones” (Rodó; 1948: 635).

Ahora bien, existe una diferencia entre las historias de la literatura nacional europeas, especialmente las que se desarrollaron en países como Alemania e Italia, en relación con la española, puesto que las primeras se originaron en una época en la que estos países “buscaban su unidad nacional”; en cambio, la historia literaria de Menéndez y Pelayo se originó en el momento en que se desplomaba el imperio español; de ahí que se concentre en un “fanatismo religioso”, en su intento de mantener esa unidad perdida y de imponerla no solo a través del catolicismo, sino también desde la reafirmación de la lengua y del concepto de razón visto desde la belleza neoclásica. Era imprescindible que el lenguaje utilizado en las obras seleccionadas para las historias fuera claro y diáfano: de esta manera, dichos textos contribuirían de manera directa a la intención moralizante y didáctica de las mismas. Aunque Latinoamérica se encontraba en un momento histórico semejante al de Alemania e Italia, no fue el ejemplo de estas naciones el que siguieron los historiadores americanos, sino el de España, ya que prolongaron los planteamientos de Menéndez y Pelayo a través de una *mirada nostálgica* del pasado.⁴ Fue así como esta perspectiva repercutió en una visión marcadamente hispanista de América y, necesariamente, desembocó en la adaptación de modelos críticos e históricos ajenos a la realidad del continente. Es decir, las historias de la literatura que se empezaron a escribir en la América hispana reprodujeron el modelo de este autor español y adoptaron, igual que él, un rechazo al presente y una exaltación del pasado.

Se concluye, pues, de acuerdo con Beatriz González Stephan (1987), Rafael Gutiérrez Girardot (1986) y Ángel Rama (1985) que las historias literarias nacionales hicieron parte del proyecto de consolidación de las naciones latinoamericanas. En este sentido, González Stephan plantea que:

El modelo de las historias de la literatura nacional vertebrará la historicidad literaria nacional sobre aquellos motivos (y obras) que entreguen una imagen naturalizada de la realidad, es decir, portadoras de todos aquellos elementos que desde una perspectiva urbana oligárquico-burguesa constituye lo ‘folclórico’. La exaltación de lo particular y local como banderas de lo nacional se hace evidente (162).

De esta manera, las historias de la literatura nacional en los países latinoamericanos buscaron reafirmar lo autóctono y lo propio como formas de dife-

4 En comparación con Alemania que recurrió al pasado para sustentar el proyecto nacional, es decir, buscó aquello que le servía para fortalecer los sentimientos patrióticos y consolidar el imaginario nacional, España se quedó anclada en el pasado.

renciarse: en primer lugar, de la metrópoli, pues no solamente abogaban por una independencia política sino también ideológica y cultural, y en segundo lugar de los otros países, ya que en cada uno de ellos las clases dominantes pretendían perpetuarse en el poder.

En esta perspectiva, el surgimiento de diferentes “prácticas discursivas”, dentro de las que se incluyen las historias literarias, se presenta a raíz de la propuesta del proyecto liberal hispanoamericano en la segunda mitad del siglo XIX y, por consiguiente, pretende afirmar los valores e ideales de su proyecto político, al mismo tiempo que ayuda a la consolidación del Estado en la medida en que las vincula al proyecto nacional. Es decir, las historias de la literatura nacional no solo construyeron el ideal cultural sino también ideológico y político.

Fue el proyecto liberal el que impulsó, en gran medida, el surgimiento de estas historias debido a que sus postulados plantearon un nuevo orden en busca de la originalidad y la autonomía, que identificara los deseos nacionalistas. El liberalismo, como movimiento ideológico, contribuyó a la construcción de la formación de las naciones latinoamericanas, puesto que estuvo inspirado por los planteamientos de la Revolución Francesa y el movimiento ilustrado, y se nutrió del proyecto de modernidad impulsado por dicha Revolución, lo que permitió su posterior implementación y desarrollo en países como los latinoamericanos, los cuales adoptaron estos postulados para su proceso de Independencia.⁵

Por su parte, el liberalismo económico definió las nuevas exigencias comerciales y económicas propias del capitalismo y es, según los planteamientos de González Stephan, por medio de éste como los países europeos buscaron la inscripción de los americanos en el proyecto político del liberalismo, es decir, introducir sus economías en el capitalismo y vincularlos a la modernización.

No obstante, la Independencia de América Latina no se realiza a cabalidad, solo cambia de metrópoli, ya que los liberales latinoamericanos definieron sus

5 Aunque en principio esos ideales políticos y sociales modernos se adoptaron en la lucha por la independencia, más adelante fueron rechazados por el pensamiento conservador que gobernó el país en numerosas ocasiones, y que vio su máxima expresión con la Constitución de 1886 que imperó 105 años. Bien lo dice la profesora Beatriz Henao (texto inédito): “la regeneración nuñista es un proyecto de contramodernización y de constitución de la nación, basado en los principios de la moralidad católica y no el de la moralidad civil que perfilaba la sociedad moderna.” (3).

postulados ideológicos desde una perspectiva antihispánica que se manifestó en el rechazo por todo lo colonial, pero -si bien rechazaron lo español-, siguieron conservando una mirada europeísta de América, con lo que persistió una visión histórica en la que Europa era la representación del “progreso”. Debido a esto, simultáneo a este movimiento liberal, también se desarrolla un movimiento conservador, que supone otro modelo para definir la vida política y económica de América Latina y cuyas raíces perviven hasta hoy. Sus preceptos se aprecian en la nostalgia por el período colonial y buscan prolongar y mantener todos los elementos, expresados por José María Vergara y Vergara (1867) en su historia, que caracterizaron la Colonia: la permanencia de las instituciones políticas tradicionales, la importancia de la Iglesia, el rechazo por lo indígena y la postura en contra de los ideales franceses o ingleses.

De esta manera, las historias de la literatura se inscribieron en uno de los dos proyectos (liberal o conservador) y significaron, en cualquier caso, la justificación de una serie de intereses, desde los cuales colaboraron en la consolidación de las ideas de nación. Es así como cada modelo precisó un concepto de literatura propio y se remitió a una noción de la historia propicia a sus intereses. Los liberales se identificaron con una idea de historia de la literatura en la que incluyeron expresiones literarias indigenistas y terrígenas como estrategias de adhesión política, sin prestar mayor atención a las exigencias estéticas o culturales y, por ello, bajo la lente de la crítica subvalorada. En general, se concibió la consolidación de la República a partir de la idea del progreso. De ahí que las periodizaciones de las historias de la literatura tuvieran como punto de inicio hechos políticos concretos tales como el de la Independencia. Por su parte, los conservadores no diferenciaron la Conquista y la Colonia, con la intención de estimar lo hispánico. Por eso, en aras de conservar la linealidad, sus divisiones periodológicas fueron difusas.

Si bien estas historias representan una de las primeras tentativas de organización literaria, son a su vez un elemento desarticulador, debido a que por el deseo de reafirmarse y diferenciarse ignoraron, de acuerdo con Gutiérrez Girardot (1986): “el problema que planteó Ricardo Rojas, esto es, que está escrita [la historia literaria nacional americana] en un idioma que no pertenece exclusivamente a cada una de las gloriosas ‘naciones’ —o ‘Republicuetas’” (18). En tal sentido, la nacionalidad no se construyó sobre unas bases sólidas porque se acudió al elemento lingüístico como legitimador de una diferencia

que no existía. De acuerdo con lo anterior, tanto Gutiérrez Girardot como González Stephan y Rama se distancian de los presupuestos que dieron origen a estas historias literarias, porque no concebían la historia de la literatura como un proceso en el que deberían articularse múltiples factores y, por tanto, era indispensable analizar el fenómeno literario a la luz de los aspectos sociales, culturales e ideológicos que hacen parte de la realidad latinoamericana entendida como totalidad.

Colombia como país perteneciente a Latinoamérica, necesariamente, se inscribe dentro del proyecto político del liberalismo que impulsó el surgimiento de las historias de la literatura de carácter nacional. De ahí que, a partir del siglo XIX, se escriban varios textos de carácter histórico literario, y sean éstos los únicos documentos con los que se cuenta para realizar el estudio historiográfico. Mientras algunos poseen características propias del proyecto liberal, otros hacen acopio del ideario conservador y, en ocasiones, hay cierta hibridación. Todo lo anterior es relevante debido a que, de acuerdo con los intereses del historiador (la mayoría de los casos de orden político), se fue configurando el listado de autores y obras representativas de la literatura nacional, de manera que éste se establecía más con criterios predominantemente políticos que estéticos. Se debe agregar a lo dicho, la hegemonía política ejercida por unas regiones sobre otras.

En conclusión, tal como ocurrió en todo el continente, las historias literarias colombianas surgieron dentro de la vida cultural del Estado como una forma de legitimar la nación. En consecuencia, se constituyen en verdaderos productos sociales que revelan toda una serie de situaciones políticas e ideológicas, así como de tradiciones enfrentadas sobre la historia nacional y los mitos fundacionales surgidos de la praxis de la élite.

El proyecto nacional en Colombia: recorrido histórico

Benedict Anderson (1997) concibe la nación como una comunidad que es imaginada por sus miembros, en el sentido en que cada uno de ellos se siente parte de una sociedad, aunque no conozca a todos y a cada uno de sus miembros. Según el teórico mencionado, toda comunidad: “Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión” (23).

La nación, entonces, se constituye a partir del reconocimiento social que emana de cada uno de los individuos que conforman un pueblo; es decir, aquélla solo existe si cada uno de sus miembros se siente parte de ella. Es indispensable que el grupo humano imagine, reconozca e identifique una serie de características similares en el aspecto político, cultural, histórico y social. Por tanto, es fundamental que los individuos se inscriban en la sociedad como seres políticos que poseen nacionalidad y, para esto, es importante que cada uno de los miembros del conglomerado social se reconozca a sí mismo como ciudadano y, por ende, miembro de una comunidad. Cada uno de los sujetos, instalados dentro de un territorio delimitado geográficamente, se identifica culturalmente con otros seres en un marco político (Estado-soberano) caracterizado por el devenir histórico que lo ha hecho particular. De esta manera, la nación se percibe como un hecho real en el sentido en que es el imaginario colectivo el móvil de una sociedad política, imaginario que actúa a modo de elemento diferenciador que opera, tal como lo haría un instrumento de caracterización de un pueblo, reafirmando la soberanía del Estado que el grupo humano conforma. Asimismo, el Estado es soberano en la medida en que asegura la libertad y la igualdad, de manera legal, a sus habitantes dentro de ese espacio geográfico que gobierna.

Por su parte, Anthony Smith (1997) define la identidad nacional en términos de confluencia de diversos aspectos: político, económico, social, cultural, étnico y territorial; es decir, como una “amalgama” de distintas identidades, y distingue entre la concepción occidental y oriental, siendo el elemento étnico el predominante en esta última. Define, pues, a la nación como “un grupo humano designado por un gentilicio y que comparte un territorio histórico, recuerdos históricos y mitos colectivos, una cultura de masas pública, una economía unificada y derechos y deberes legales iguales para todos sus miembros” (13). Es claro que ésta no es una concepción concreta, sino más bien una abstracción y por esto es notoria su complejidad debido a su carácter multidimensional. Sin embargo, esta definición de nación actúa como integradora de las características de cada comunidad y sugiere la dificultad de asumir un proyecto de construcción nacional porque permite observar la disparidad y complejidad de los elementos que la configuran. La nación, de este modo, es el cruce de los aspectos particulares de un pueblo.

Si bien las dos concepciones de nación mencionadas se complementan teóricamente en el sentido en que cada una hace énfasis en un elemento particular de la identidad nacional. Por un lado, Smith esclarece la idea de lo nacional exponiendo todo lo que implica una nación y, por otro, Anderson se detiene en la idea de identidad, sobre la base de la importancia que tiene el hecho de que el individuo se identifique como miembro de una determinada comunidad nacional “imaginada”. No obstante, estas nociones apuntan directamente a la situación de los estados europeos puesto que los americanos no siguieron una tradición histórica en relación con el establecimiento de una nación, sino que decidieron adoptar el modelo político surgido por la Revolución Francesa. En sí, a diferencia de los franceses, los colombianos se dieron a la tarea de construir una nación cuando los primeros ya se identificaban con la nacionalidad francesa; para nosotros fue un proyecto y para ellos una realidad. Sobre esto afirma Hernando Valencia Villa (1984):

Los estados nacionales europeos son la expresión jurídica y política de una evolución de varios siglos. La unidad nacional es entonces un subproducto de un lento y prolongado desarrollo histórico que se corona, por así decirlo, con la construcción del estado nacional. Por el contrario, los estados nacionales americanos son el resultado jurídico y político de un cambio súbito y violento, una ruptura radical en la vida de la sociedad —lo que se ha llamado fundación nacional o independencia nacional [...]. La unidad nacional no es un subproducto de la evolución sino más bien una criatura de la revolución. (55-56).

En Colombia, la nación se asumió como un objetivo político luego de la Independencia, en el período republicano. No fue una realidad sino una necesidad prevista por las clases que tomaron las riendas del nuevo Estado. En sí, la clase criolla fue la que se ocupó de dirigir el destino político del Estado naciente: “las nuevas minorías que asumieron la conducción de una política reformista primero y de una política revolucionaria después, fueron las burguesías criollas que poco a poco se insinuaron como pretendientes al papel hegemónico en la nueva sociedad”. (Romero; 1999: 181).

¿Qué nación, en esencia, buscaron construir los criollos? Sin duda alguna aquella que les favoreciera tanto política como económicamente.⁶ El proyecto

6 Ya que los criollos se encontraban en desacuerdo con la jerarquía social y demandaban un lugar político en el gobierno del virreinato; además rechazaban la cantidad de impuestos, en especial la alcabala, y trabas en la economía que los desfavorecía. En definitiva, los criollos deseaban ser incluidos en el gobierno y disfrutar de los beneficios políticos y económicos.

nacional no incluyó a negros, indígenas o mestizos, ellos no entraron en las demandas políticas hechas a la metrópoli de la manera en que lo hicieron los criollos, las minorías raciales no hicieron parte del proyecto nacional. Además, a partir de la exclusión surge la siguiente cuestión: ¿cómo pretendían diferenciarse de España si refutaban lo propiamente americano, es decir, las raíces indígenas? Se inicia, aquí, una de las discusiones más relevantes respecto a la formación nacional americana representada por los criollos quienes, como hijos de españoles y buscadores de la Independencia y la esencia americana, al mismo tiempo reconocían la herencia española y relegaban al elemento indígena cuando éste simbolizaba a América. Los criollos se definían como americanos y afirmaban un patriotismo pero no se consideraban descendientes de negros o indígenas, sino de los españoles; de lo que, aparte de todo, se sentían orgullosos. Defendían su hispanidad aunque conservaban una postura antihispánica respecto a los cargos públicos y la política.

La nación fue para los criollos el instrumento más eficaz para argumentar su búsqueda del poder hegemónico porque se les hacía incomprendible que siendo también sucesores de España, no compartieran los privilegios de la clase alta. De este modo, la Independencia pretendió construir la nacionalidad americana sobre los principios de libertad e igualdad⁷ solo para los criollos. La nación y el Estado estaban en sus manos y en este sentido se garantizaron a sí mismos estos derechos, sin inclusión de los miembros de otras clases sociales. Así las cosas, el criollo construyó una idea de nación para sí, donde la diferencia con España no se hacía explícita. Sin embargo, este reconocimiento de la clase social criolla no debe pensarse uniformemente debido a que el territorio se hallaba repartido en provincias, y cada una poseía una estructura social y política independiente y, por tanto, tenía una elite criolla en particular.

Aunque pueda concebirse una clase de criollos en general, es importante tener presente que existieron diferentes elites, ya que cada una de ellas abogó por una nacionalidad singular, la de cada provincia; no hubo unanimidad en el proyecto nacional; de ahí que la nacionalidad se encuentre tan problematizada porque en el siglo XIX, hasta la Constitución de 1886, no se planteó una nación en los términos geográficos y culturales que hoy reconocemos, debido a las diferentes constituciones que se sucedieron una tras otra (entre 1811 y

7 Pregonados por los ilustrados e identificados por los criollos, la clase letrada.

1863) como consecuencia de las numerosas guerras civiles y que se debatían constantemente entre el sistema federalista y el centralista. Aun, a pesar de que las provincias conformaron la *Confederación de las provincias unidas de Nueva Granada* en 1811, cada región defendía a cabalidad una identidad.

No obstante, esta realidad fue percibida por los políticos del siglo XIX que propusieron la adopción del sistema federalista. El federalismo es definido por Javier Ocampo López como “una teoría política mediante la cual se pretende solucionar el problema de la *unidad estatal*, con el respeto y el reconocimiento de la *autonomía territorial soberana*” (1980: 47). La soberanía del Estado, entonces, se encuentra repartida en centros de poder regionales, Estados federados, que conservan atribuciones de carácter local, mientras que en el gobierno central recaen obligaciones más generales, de orden y regulación en sentido amplio; de ahí que Álvaro Tirado Mejía manifieste que “El federalismo no fue más que la expresión de intereses de las oligarquías regionales en momentos en que no estaba constituida la nacionalidad y ante la carencia de una clase homogénea que tuviera un ámbito nacional de dominación.” (1980: 164).

El siglo XIX estuvo marcado por gobiernos que iban y venían del federalismo al centralismo;⁸ sin embargo, aun en éste el poder regional pervivía sin muchas dificultades. Pero es en el año de 1886 bajo la jurisdicción de Rafael Núñez cuando el país cambia de modo brusco y radical en manos del conservadurismo; la nación colombiana se plantea negando la existencia de las regiones y las diferencias culturales entre ellas. No hay que olvidar que la Regeneración basó sus principios en el tradicionalismo francés, traducido por la Ilustración católica española.

De esta manera, se estima que la nación es construida a la fuerza, sobre el arrebato de poder a las regiones. Desde la visión de Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro es imperante hacer surgir la nacionalidad colombiana a como dé lugar⁹ y por ello deciden desconocer la tradición histórica y romper las estructuras que venían fortaleciéndose desde la Colonia; las regiones son despojadas de sus facultades y puestas bajo el mandato del centro: Santa Fe

8 Definido por Ocampo López como “la teoría política mediante la cual se parte del supuesto de que la soberanía es una e indivisible, ejercida en la plenitud de sus facultades por el poder único central.” (Ocampo; 1980: 48. La cursiva es del autor.)

9 Su idea de nación se reconoce a la luz de una unidad territorial y cultural porque Europa es el modelo y en su contexto histórico-político funciona de esta forma.

de Bogotá (eje de otra región). Su concepción de nación, por esto, comporta la idea de unidad en términos de uniformidad, es decir, como control uniforme sobre las regiones. Ante esto Valencia Villa (1984) plantea que:

En últimas la Regeneración y su constitución pretendieron haber restaurado la unidad nacional y solucionado así el problema más grave del país. La verdad es que la rígida centralización del poder y del territorio administrada por Núñez y codificada por Caro no resuelve el problema de la unidad; lo suprime. Porque Colombia tiene todavía un conflicto pendiente entre centro y provincias, entre centralismo y regionalismo, que no ha sido afrontado de manera efectiva por las políticas estatales y que no puede ser resuelto mediante mandatos constitucionales o iniciativas capitalinas (147).

Así pues, en lugar de solucionar el conflicto entre centro y provincia, las políticas de Núñez lo acentuaron en la medida en que ignoraron la realidad, y en cierto sentido agravaron el problema porque arrebataron de forma violenta el poder que ya tenían las regiones. En definitiva, la Constitución de 1886 fue la instauradora de los valores nacionales que aún reconoce la sociedad; sin embargo algunos estudiosos en el campo de la Ciencia Política, como el mismo Valencia Villa (1984), el profesor Marco Palacios (1986) o Miguel Borja (2000), han empezado a cuestionar esa idea de nación impuesta, hecha realidad por legalidad, ya que se ha observado la ficción que alimenta.

Es necesario dejar en claro que el concepto bajo el cual hoy se reconoce la nacionalidad colombiana, se construyó por la obligatoriedad de la ley, así que en el fondo es una idea aceptada a la fuerza sobre la que subyace otra identificación más propia, la regionalidad. Con la Constitución de 1991 se manifiesta la diversidad regional y la pluralidad étnica, se vuelve la mirada al hecho inicial colonial en donde el país era un mosaico de culturas. Miguel Borja (2000) concibe que la esencia de la nacionalidad colombiana es esa diversidad regional; bien lo expresa al afirmar: “las regiones aparecen como una variable central para la deconstrucción de las ficciones nacionalistas de la nación como comunidad real” (194).

Para concluir, el proceso de construcción de la nacionalidad colombiana que venía formándose poco a poco en el siglo XIX es interrumpido y desviado por el gobierno de Núñez, lo cual resultó en una conciencia de nación que niega la realidad regional y que, luego, fue rescatada de cierta manera por la Constitución de 1991 al partir de la siguiente afirmación: “Colombia es un estado social de derecho, organizado en forma de República unitaria, des-

centralizada, con autonomía de sus entidades territoriales” (Título I, Art. 1). En este punto, es fundamental diferenciar que naciones como la francesa no discuten la esencia de su nacionalidad puesto que su proceso de constitución nacional se dio gradualmente obedeciendo a los valores culturales y sociales que no se supeditaban a políticas del gobierno central, pero Colombia aún puede interrogarse y esto tal vez muestra que todavía está buscando su particularidad nacional, puesto que en su proceso de conformación como nación fueron introducidos a la fuerza valores que contrarrestaban otros de índole cultural ya afianzados por la sociedad.

La nación en las historias de la literatura colombiana

El proceso histórico-literario nacional en Colombia se abre con la *Historia de la literatura de la Nueva Granada* de José María Vergara y Vergara, publicada en 1867, y entra en auge en la primera mitad del siglo XX; por lo tanto, en principio, se reconoce que las historias escritas a partir de ese momento se inscribieron dentro del proyecto político de la Regeneración. Como ya se mencionó, dicho proyecto político tuvo como objetivo construir una nación desde una visión centralista, profundamente conservadora. Las historias literarias, incluida la de Vergara y Vergara, aparte del interés histórico que las caracterizó, pretendieron contribuir a la formación de sentimientos patrióticos y nacionalistas.

Desde esta perspectiva, es posible apreciar que las historias comprendidas entre los años 1867 (año en el que se publica la obra de José María Vergara y Vergara) y 1950 (año de publicación de la historia de Rubén Arango H.), incluidas las obras de Antonio Gómez Restrepo (1938-1945) Nicolás Bayona Posada (1942) y Baldomero Sanín Cano (1944), admiten en su noción de literatura la presencia del elemento político, al punto de que ellas formaban parte del proyecto nacionalista y unificador, como guías de lo que debía ser la colombianidad, y cumplían la función de indicar el acervo cultural y literario en el que se sostenían los ideales políticos de la nación emergente.

Se observa que las obras reconocidas como literarias en tales textos obedecían a una concepción de literatura que se relacionaba con una posición política. A modo de ejemplo está el capítulo de la *Historia de la literatura colombiana* de Antonio Gómez Restrepo dedicado a *Los grandes próceres*, en el que se incluyen reconocidos personajes de la vida política del siglo XIX como Camilo Torres,

Antonio Nariño, Francisco de Paula Santander, Simón Bolívar y Francisco Antonio Zea. Según el historiador, los escritos de estos personajes inauguraron la denominada “literatura política” y se caracterizan por presentar una marcada función política y patriótica. Si bien dentro de este género se incluyen cartas, crónicas o artículos periodísticos, la relevancia de estos materiales es justificada por Jesús María Ruano en su *Resumen histórico-crítico de literatura colombiana* (1925).¹⁰ En esta obra, el autor explica, refiriéndose a las cartas del General Francisco de Paula Santander, que su inclusión se da no por ser obras en sentido estricto, sino por “aportar datos para la Literatura e Historia” en cuanto son verdaderos documentos oficiales (59). De este modo, los héroes nacionales se incluyeron no tanto por ser considerados verdaderos aportes literarios como por haber contribuido a una causa política y su indudable papel en la formación del Estado nacional.

Aparte de esto, no debe obviarse que los historiadores Nicolás Bayona Posada, Rubén Arango H., Antonio Gómez Restrepo y Baldomero Sanín Cano mencionaron en su corpus de autores a José Eusebio Caro, Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez porque sus análisis no se redujeron al aspecto literario, sino que comprendían también el campo político, pues siempre resaltaron la preeminencia de estos personajes en la vida política de la nación. Es necesario insistir en el hecho de que Miguel Antonio Caro fue uno de los gestores de la Regeneración junto con Rafael Núñez. Desde esta perspectiva no es gratuita su inclusión y el marcado interés en las historias por estos personajes, debido a que en ellas se legitimaba el proyecto constitucional propuesto en la Constitución de 1886. ¿Cómo se podría obviar a quienes habían trazado las líneas predominantes de la política nacional y en las que las historias se inscribían y justificaban?

Malcom Deas (1993) presenta una perspectiva interesante que liga la labor filológica de Caro y su preocupación por la lengua española, con el hecho de ser una figura conservadora fundamental defensora de la tradición hispánica. De acuerdo con Deas:

10 A pesar de haber sido comprendida en el corpus de historias didácticas, es necesario llamar la atención sobre ella, ya que ilustra de forma clara lo enunciado; además, el énfasis didáctico de las historias literarias constituye una división de las historias literarias nacionales, que por su intención coadyuvan a divulgar el interés patriótico.

Para los letrados, para los burócratas, el idioma, el idioma correcto, es parte significativa del gobierno. La burocracia imperial española fue una de las más imponentes que el mundo haya jamás visto, y no es sorprendente que los descendientes de esos burócratas no lo olvidaran; por eso, para ellos lenguaje y poder deberían permanecer inseparables” (42).

De este modo, Caro ejercía su papel como guía político incluso cuando se ocupaba de estudiar el idioma español. Asimismo, afirma el autor que ese “interés radicaba en que la lengua permitía la conexión con el pasado español” (1993: 47). El eje de este pensamiento filológico se encuentra en la gramática racional preconizada por la Escuela de Port Royal.

De acuerdo con lo anterior, es posible colegir una noción de literatura en la que predomina la patria, el lugar de los héroes y los grandes acontecimientos por encima del criterio estético de las obras que, entre otras cosas, entra a tomar un segundo lugar en el estudio debido a la relevancia que se le adjudica al autor. Ejemplo de lo anterior, es la siguiente afirmación de Ruano (que podría ser aplicada tanto a los próceres de la Independencia como a los protagonistas de la época republicana, incluidos en las historias de la literatura colombiana mencionadas): “Tres hombres sobresalen en la política ardorosa de aquellos días, dignos de figurar en la historia de las letras.” (1925: 43).

Del mismo modo, el reconocimiento de la oratoria, el periodismo, la historia, la crítica, la sociología, la filología, la gramática y la filosofía como géneros literarios (aparte de la poesía, el teatro y la novela) y el afán de consignar hechos culturales como la fundación de colegios, imprentas, bibliotecas o tertulias, dejan entrever que hay un interés por historiar más allá de lo puramente estético, a tal punto que la noción de lo literario se expande hasta abarcar todos los acontecimientos que contribuyeron a la conformación de la nación en sus diferentes aspectos: social, cultural y político. Así las cosas, no está de más resaltar que la trascendencia otorgada a la Expedición Botánica en todas las historias de la literatura mencionadas hasta el momento, explicita la preocupación por resaltar los acontecimientos sociales y políticos. En esta perspectiva se halla la historia de J. M. Vergara y Vergara que constituye todo un testimonio de la vida cultural del país.

Por otra parte, el origen del proceso literario reconocido por estas historias se inicia con la llegada de los españoles a América a partir de la Conquista hasta la Colonia, lo cual marca una visión hispanizante del fenómeno literario nacio-

nal que se ejemplifica en la obra de Vergara y Vergara, al identificar a España como el modelo cultural de la América hispana. De igual manera, manifiesta la existencia de una estrecha relación entre ambas realidades con una mirada eminentemente hispánica de lo americano hasta el punto de llegar a sentir que su misión histórica debe centrarse en la defensa del vínculo cultural con la metrópoli. Esa visión se concretiza en las demás historias de la literatura colombiana a través de la inclusión de los cronistas españoles, incluido el marcado interés por Gonzalo Jiménez de Quesada.

Este inicio de la literatura colombiana marcado con la llegada de los españoles pone en duda la esencia de la nacionalidad colombiana, en la medida en que se fija el proceso de la vida literaria de la nación en un autor extranjero. ¿Cómo es posible diferenciar ambas tradiciones si el origen mismo no se identifica en un autor reconocido como colombiano, es decir, que simbolice la cultura colombiana? Aunque es indiscutible la relación que tienen las colonias españolas con la cultura hispánica, resulta paradójico que se destaque a un escritor español como el iniciador de la tradición literaria propiamente colombiana. De cualquier forma, los historiadores no ponen en discusión este aspecto fundamental del proceso literario nacional y dejan por sentada la explicación de los rangos cronológicos de su historia. No obstante, es necesario resaltar que la preeminencia de la tradición española es un punto de la propuesta política conservadora sobre la cual se había planteado el proyecto de construcción de la identidad nacional. De igual manera, la Constitución de 1886, en cuanto concretiza el pensamiento de los conservadores M. A. Caro y R. Núñez, se caracteriza por la proclividad a la cultura hispánica, tal como lo hicieron hasta la primera mitad del siglo XX las historias de la literatura que, lejos de adoptar una posición crítica, participan de este proyecto de nación al fijar el inicio de la literatura colombiana con Gonzalo Jiménez de Quesada, salvo Nicolás Bayona Posada.

En el *Panorama de la literatura colombiana* (1942), Bayona indica que el proceso literario colombiano tiene su origen en las leyendas de los indígenas, mucho antes de la llegada de los españoles y afirma su relevancia en la cultura literaria nacional a pesar de que no resalta alguna en particular. Ese cambio en la percepción del comienzo literario es propio del otro grupo de historias que se ubican en la segunda mitad del siglo XX y que se caracterizan por introducir visiones diferentes en relación con la mirada de la historia de la literatura del

país. En 1963 Javier Arango Ferrer publica *Dos horas de literatura colombiana*, historia nacional que comporta ciertas diferencias respecto a las anteriores. Primero, la periodización es elaborada de acuerdo a patrones literarios, géneros, lo que en las historias fundacionales obedecía a una visión cronológica que tenía en cuenta el desarrollo histórico nacional. Estas historias, en general, reconocían tres grandes periodos: Colonia, Independencia y República, y los autores se estudiaban en razón de su aparición en el tiempo.

Por el contrario, Arango Ferrer divide su texto a partir de los géneros literarios: ensayo, novela, cuento, teatro y poesía. Dentro de cada capítulo establece las características del género en Colombia y presenta las obras más representativas de cada uno. Esta obra presenta un énfasis en el producto literario y no en el autor, tal como se puede evidenciar en las historias anteriores a ella. En términos generales, se constata un cambio en la visión del proceso literario, a modo de aparición de una concepción de la tradición literaria en tanto que se desvanece el interés por ensalzar los nombres de los fundadores de la patria y los héroes nacionales. De ahí que sea posible apreciar que ésta no es una historia de carácter fundacional, sino que toma distancia crítica de esta perspectiva en tanto que propone una nueva mirada a la historia literaria.

Arango Ferrer reconoce al *Yuruparí* como la obra iniciadora del proceso histórico literario, es decir, le da a la tradición indígena un lugar importante en la historia de la literatura nacional, en cuanto fundadora, en contraposición a la mirada hispanizante del fenómeno cultural americano. También dedica un capítulo a la literatura escrita por mujeres y realiza un análisis de las obras representativas. Este interés es innovador ya que los historiadores de la primera mitad del siglo XX no se habían preocupado por reflexionar ante este hecho, y las únicas mujeres que se habían incluido en las historias eran, la Madre Josefa del Castillo y Soledad Acosta de Samper. Esta innovación se produce como efecto de la transformación que se ha venido efectuando en torno a la concepción de la literatura y a la forma de historiarla.

Dentro de esta línea de cambios radicales en la concepción de la literatura se sitúa, de modo aún más radical, el *Manual de literatura colombiana* (1988) publicado por Procultura. Aunque no es en sentido estricto una historia de la literatura colombiana, su carácter predominantemente académico obliga a su inclusión en el corpus de historias literarias nacionales. Sobre todo si se atiende a la afirmación que se realiza en la presentación, según la cual tiene

como objetivo “poner a la mano del interesado unos textos profundos y de alto nivel académico [...] sobre los autores más destacados y sobre sus obras fundamentales” (11).

Este manual es una colección de ensayos acerca de la literatura colombiana: obras, autores, géneros y movimientos literarios que no parece proponer un método diferente de periodización al tradicional. Dividido en dos tomos, el primero se ocupa del periodo comprendido entre la Conquista y finales del siglo XIX y el segundo, el del siglo XX. En el interior de cada uno de los dos tomos se encuentran ensayos que no están organizados de una manera especial ni por periodos históricos ni literarios, en parte porque son de distintos autores y por lo tanto comportan temáticas que, en cierto sentido, son independientes. En consecuencia, dichos trabajos no surgen como producto de un trabajo grupal de investigación de la historia literaria.

Esta es la carencia más visible del *Manual* y lo que le impide ser catalogado como una historia en el sentido estricto de la palabra, pues la historia literaria ha tenido tradicionalmente la finalidad de ordenar las obras de modo que sea posible observar los diferentes paradigmas literarios y distinguir las tendencias de las épocas.

El aporte más relevante de la obra es la introducción de una nueva manera de analizar el fenómeno literario, obedeciendo a una visión más académica que enfatiza en el carácter estético, a diferencia de la mirada política propia de las historias fundacionales.

De igual manera, debe resaltarse la alusión a la literatura de indígenas y de las negritudes, imposible de ignorar en el proceso literario nacional; y la dedicación de un capítulo a la narrativa de mujeres. Estos grupos relegados en el proyecto nacional se vinculan ahora con un lugar especial en la tradición literaria colombiana.

A pesar de que los estudios presentados rompen con la forma tradicional de analizar la literatura nacional, el grupo de autores y obras representativos no sufre grandes modificaciones: aún sobresalen entre los autores estudiados, la Madre Josefa del Castillo, Juan Rodríguez Freyle, Juan de Castellanos, Jorge Isaacs, Eugenio Díaz, José Eusebio Caro, José Asunción Silva y Guillermo Valencia; asimismo, el origen literario colombiano se estima en la Conquista con las crónicas.

No obstante todo lo anterior, el *Manual* se constituye en un paradigma en cuanto al acercamiento teórico que se hace del fenómeno literario y, aunque no pueda decirse que es una historia, marca un punto inicial en el proceso de realización de una nueva historia de la literatura colombiana.

Hacia una nueva historia de la literatura nacional

La lectura de las historias de la literatura de índole nacional permitió observar que en Colombia la tradición literaria ha estado, en general, determinada por la política y se ha constituido en un verdadero instrumento legitimador de ciertos valores socioculturales, relacionados con una concepción explícitamente ideológica de la esencia de la colombianidad.

Si bien es un hecho que a lo largo del tiempo los historiadores literarios no solo se han preocupado por historiar los productos literarios, también lo es el que se haya propugnado por construir una historia cultural con marcada tendencia partidista. Es a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando el interés se transforma y aspira a centrarse, exclusivamente, en la lógica del campo literario. No obstante, el terreno es aún incipiente y la revisión de lo que algunos teóricos llaman “canon literario” (grupo selecto de autores y obras representativas) en las historias, ha revelado que el proceso literario colombiano requiere de la reevaluación de dicha selección de obras y autores. Aunque este es un asunto que exige el replanteamiento del concepto-noción de literatura, lo cierto es que, en el fondo, éste parece no poder ser iniciado hasta encontrar soluciones a la serie de interrogantes fundamentales relacionada con la delimitación del origen de la tradición literaria colombiana: ¿la literatura propiamente colombiana se inicia con las leyendas indígenas o con las crónicas españolas?, ¿cuál de ellas caracteriza la esencia literaria de la nación? Estas preocupaciones, si bien son de orden cultural, inciden de modo directo no solo en la noción de literatura, sino que plantean el interrogante de hasta qué punto literatura y cultura deben separarse en el registro de los productos literarios colombianos. Lo anterior hace referencia a la noción de literatura que debe aceptarse para la elaboración de una futura historia de la literatura colombiana que responda adecuadamente a las características de una obra literaria colombiana. En este sentido, ¿se deberá apelar a la recepción o a la política, o a que tipo de criterios? Trazar la frontera entre lo literario y lo no literario es una de las tareas a las

que se enfrenta cada proyecto de construcción de una historia y ahora, con los estudios culturales acerca de indígenas y negritudes, ¿cuál será la pauta? Es claro que esta discusión solo podrá resolverse con un estudio profundo de los fenómenos literarios en manos de un grupo de investigadores especialistas en temas diversos de la cultura y la literatura colombiana.

De igual forma, la periodización es un factor determinante que debe ser esclarecido antes de emprender el proyecto; la organización de las obras y los movimientos, la adjudicación de nombres y la identificación de los rangos cronológicos de los períodos reconocidos son algunos de los asuntos que deben ponerse en discusión a la hora de hacer una propuesta histórico literaria.

Es indudable que se requiere de una reevaluación de los aspectos históricos más importantes. El “canon”, por ejemplo, debe ser estudiado a profundidad y comenzar a establecer relaciones entre éste y el numeroso grupo de autores y obras que lo rodean y que, por algún motivo (tal vez político), no han ingresado a la selección de los más representativos.

Se percibe, entonces, que las problemáticas propias de la historia literaria siguen siendo las mismas que ocuparon la mente de los historiadores del siglo XIX; sin embargo, debe cambiar la forma de abordarlas, de estudiarlas, pues en cada periodo surgen nuevas discusiones de orden político o cultural, o incluso literario, que sirven para esclarecer los criterios estéticos sobre los cuales se entrará a analizar los fenómenos literarios. En efecto, abordar el proceso desde puntos de vista distintos puede contribuir a contemplar con claridad el panorama.

En relación con la esencia nacional de la historia, teniendo en cuenta la diversidad cultural presente, Miguel Borja alude a la construcción de la nación a partir del reconocimiento de las regiones. De acuerdo con este autor, es indispensable que una historia literaria nacional contemple a la región y establezca un canon que resulte del análisis de aquellas obras que definen la identidad literaria nacional. No se trata, pues, de una historia dividida en tomos donde cada uno se ocupe del estudio de una región determinada, ya que esto corre el riesgo de desarticular lo que ya ha sido unificado en el devenir político del Estado. En la construcción nacional, la nación y la región no son, necesariamente, posiciones opuestas, más bien están llamadas a representar, en conjunto, la nacionalidad colombiana en la medida en que ésta se compone de regiones.

Esta historia literaria colombiana debería estar inscrita en el contexto hispanoamericano, por lo cual es imperante que quede establecida la nacionalidad colombiana sobre bases culturales y políticas sólidas de forma tal que sea posible diferenciarla de las naciones vecinas.

Bibliografía

- Anderson, Benedict, 1997, *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Arango Ferrer, Javier, 1963, *Dos horas de literatura colombiana*, Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia, Ediciones la Tertulia.
- Arango H., Rubén, 1950, *Mi literatura. Crítica de literatura colombiana*, Medellín: Imprenta Departamental.
- Bayona Posada, Nicolás, 1942, *Panorama de la literatura colombiana*, Bogotá: Ediciones Samper Ortega.
- Borja, Miguel, 2000, “La región y la nación en la sociedad global: entre comunidades reales y comunidades imaginadas”, en: *Colombia. Cambio de siglo. Balances y perspectivas*, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, pp. 175-202.
- Constitución Política de Colombia*, 2003, Gómez Sierra, Fernando (Comp.), Bogotá: Editorial Leyer.
- Deas, Malcom, 1993, “Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia”, en: *Del poder y la gramática*, Bogotá: Tercer Mundo Editores, pp.25-60.
- Gómez Restrepo, Antonio, 1938-1945, *Historia de la literatura colombiana*, Bogotá: Imprenta Nacional. Dirección de Extensión de Cultura de Colombia.
- González Stephan, Beatriz, 1987, *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*, Cuba: Editorial Casa de las Américas.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, 1986, *Aproximaciones*, Bogotá: Procultura.
- Henao, Beatriz Eugenia, *La función de la historia escolar en la modernidad*. (Texto inédito).
- Manual de literatura colombiana*, 1988, Bogotá: Procultura, Planeta Colombiana Editorial, Colección Espejo de Colombia, 2 vols.
- Ocampo López, Javier, 1980, “El proceso político, militar y social de la Independencia”, en: *Nueva historia de Colombia, Tomo 2. República, Siglo XIX*, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, pp.9-64
- Orjuela, Héctor, 1992, “Introducción” en: *Historia crítica de la literatura colombiana, Literatura colonial I*, Bogotá: Editorial Kelly, pp. 9-40.
- Otero Muñoz, Gustavo, 1937, *Resumen de historia de la literatura colombiana*, Bogotá: Ediciones A.B.C.
- Palacios, Marco, 1986, “La fragmentación regional de las clases sociales en Colombia: Una perspectiva histórica”, en: *Estado y clases sociales en Colombia*, Bogotá: Procultura.
- Rama, Ángel, 1985, *La crítica de la cultura en América Latina*, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Rodó, José Enrique, 1948, *Obras completas*, Buenos Aires: Antonio Zamora.
- Romero, José Luis, 1999, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Medellín: Universidad de Antioquia.

- Ruano, Jesús María, 1925, *Resumen histórico-crítico de la literatura colombiana*, Bogotá: Casa Editorial Santa Fe.
- Sanín Cano, Baldomero, 1944, *Letras colombianas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Smith, Anthony, 1997, *La identidad nacional*, Madrid: Trama Editorial.
- Tirado Mejía, Álvaro, 1980, “El Estado y la política en el siglo XIX”, en: *Nueva historia de Colombia. Tomo 2. República, Siglo XIX*, Bogotá: Planeta Colombiana Editorial, pp. 155-183.
- Valencia Villa, Hernando, 1984, *Cartas de batalla. Una crítica al constitucionalismo colombiano*, Bogotá: Sociedad Editorial Rivela González.
- Vergara y Vergara, José María, 1867, *Historia de la literatura de la Nueva Granada, Parte Primera, Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*, Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos.